

CARNAVAL EN VENEZIA.

Vuelve a ser carnaval. Esos días en los que, para aquellos que puedan o quieran permitírselo, todo está permitido, pues ya habrá tiempo de arrepentirse y de purgar los excesos durante la Cuaresma. Y qué mejor ciudad para olvidar la realidad que la reina del carnaval elegante y misterioso: la ciudad de Venecia.

Hacía ya varios años que por esas señaladas fechas no viajaba a la ciudad de los puentes y los canales. Hacía demasiado tiempo, casi una eternidad, y quizás por esa mis razón mi esposo me había sorprendido organizando ese viaje al misterio y el pecado más perverso, que es aquel que no se espera pero se consiente. Las veces que habíamos viajado a aquella ciudad, y lo habíamos hecho en varias ocasiones, nunca habíamos repetido hotel. Así que a diferencia de otras ciudades, en las que sí teníamos uno preferido, en Venecia no, y por eso su elección fue una sorpresa más grata.

El hotel estaba ubicado en un antiguo monasterio del siglo XVII, totalmente reformado y adaptado a los requerimientos más exclusivos y exigentes de la vida moderna, aunque sin que por ello hubiese perdido su regia solera en sus escasas cinco plantas. Además el alojamiento era singular, porque contaba con un pequeño jardín por el que pasear, jardín envuelto en frondosos árboles y setos recortados de formas curiosas y que rodeaba por completo la parte trasera del edificio. En él podía encontrarse incluso un pequeño estanque con cisnes blancos y negros, al que vaciaba sus aguas una cascada artificial que ocultaba a la vista una gruta accesible a los paseantes más curiosos. Y es que si algo sobraba en aquella ciudad era agua; elixir de vida, esencia de muerte. Venecia. En definitiva, había sido una sorpresa idílica, fruto del buen gusto de mi esposo.

No iba a ser esta vez una estancia tan larga como otras veces, en las que habíamos podido quedarnos casi cinco días en aquella ciudad. Esta vez estaríamos tan solo tres. Pero a pesar de lo corto de la estancia, y ya conociendo la ciudad, era tiempo suficiente para disfrutar del carnaval y regresar renovados a Madrid, que era lo único que pretendíamos con aquel viaje: desconectar y renovar las energías, huir del estrés, pues, pretendiendo tener familia, aunque para nuestra desventura sin éxito aún después de dos años intentándolo, es lo que nos había aconsejado el médico.

También, a diferencia de otras veces, no nos habíamos llevado los disfraces desde Madrid, porque mi esposo me había comentado que se podían alquilar en el propio hotel, ya que en aquellas fechas daba ese servicio a sus clientes, y así podríamos viajar con maletas menos voluminosas y manejables que otras veces, y yo tendría la oportunidad de no repetir atuendo y esperaba encontrar algo a mi gusto. Me pareció buena idea. No obstante, era cierto que la máscara la había llevado conmigo desde Madrid. Había sido el regalo de un amigo y cliente por mi cumpleaños, conocedor que me gustaba coleccionarlas, y no había tenido la oportunidad de lucirla como se merecía. Viajar a la ducal Venecia era la mejor oportunidad para ello.

Al llegar se nos informó también de que el hotel daría una cena de carnaval al día siguiente, por lo que deseaban saber si contarían con nuestra presencia para contabilizar los menús a preparar. Tras la cena, si el tiempo lo permitía, porque era febrero y era cierto que había hecho muy mal tiempo justo la semana anterior, habría fuegos artificiales en los jardines. La única condición, aparte de la económica, era que había que ir disfrazados y con máscara. Prometía ser divertido, diferente.

Una vez acomodados, bajamos a alquilar los trajes y yo me decanté por un vestido barroco, en colores rojo sangre y negro profundo, salpicado de brillos en oro; iría maravillosamente bien con la máscara de gata, en negro y filigranas en oro, que me ocultaría la mitad del rostro, dejando solo al descubierto la boca, la cual pensaba pintar en rojo intenso y deseable. Rojo sangre, rojo pasión. El traje estaba confeccionado en terciopelo y brocado. Tenía un cuello elevado a la espalda, rematado con unas plumas de marabú rojas con pintas negras, así como un generoso escote al que un sujetador tipo *balconette*, como el que había traído para ello, le iría de perlas. Su talle entallado hacía más abultado el pecho, mientras que el corsé interior afinaba la cintura, haciendo que la falda y la sobrefalda con aros y canchán del vestido quedasen perfectas, y convirtiendo así a quien lo vistiese en una delicada muñeca de porcelana de época, en la perfecta dama de un cuento de hadas. Tenía el vestido mangas hasta el codo, y de su borde sobresalía un ancho volante plisado en color

negro con detalles en hilo de oro. Asimismo, por si hacía frío, alquilamos sendas capas. La mía era de paño grueso por el envés, y por el otro lado de terciopelo rojo a juego con el traje y ribeteado todo su contorno con piel de zorro negro. Tenía también una capucha enorme y elegante que me resguardaría del posible frío tanto como me arroparía en una conveniente intimidad mientras deambulábamos disfrazados por la ciudad. La capa de mi marido era más austera, aunque su sobriedad clásica no la haría desmerecer en absoluto a mi lado. Por lo demás, me podría los zapatos negros de pulseras que había llevado, y a los que, siendo previsora, había comprado unas cintas de raso para hacer con ellas unas lazadas que adornaran sus pulseras, lo que convertiría el zapato en un casi perfecto escaquin dieciochesco. Mi marido, por su parte, se decantó por un traje a juego en negro con blanco y oro de la misma época que el mío. El conjunto se completaría con las máscaras que sí habíamos traído de Madrid. Tanto la mía como la suya daban a nuestros atuendos el toque de preciso de misterio, que es lo que requería tan especial ocasión.

Parecíamos dos protagonistas de un cuento de hadas, y, al mirarme en el gran espejo del probador me preguntaba si la noche siguiente sería igualmente de cuento, aunque también sabía que a veces las moralejas de los cuentos suelen ser crueles, sobre todo la de los cuentos clásicos, porque son reflejo de la vida, y esta no suele ser siempre vino y rosas. Aún así una burbujeante excitación se adueñaba de mi imaginación y me hacía desear que el tiempo pasase rápido y ya llegase la fiesta. De alguna manera incierta y misteriosa tenía el presentimiento de que aquel viaje inesperado cambiaría de alguna forma mi vida.

Mi marido y yo decidimos pagar el alquiler de los trajes por dos días. Así que, como era carnaval ya, salimos con ellos puestos a la calle. Había que lucirlos y amortizar su alquiler; Venecia nos esperaba.

Al igual que había pasado en otras ocasiones, la gente nos paraba para poder hacerse fotos con nosotros si se lo permitíamos. Si uno no es un famoso pero desea sentirse como tal, aunque sea solo por unos momentos, debe acudir a Venecia disfrazado en Carnaval. La experiencia no le defraudará, aunque, a veces, pueda resultar algo pesada.

Más tarde, y puesto que aún no era la hora de comer, nos fuimos al *Quadri* a tomarnos un café y una succulenta copa de helado y bizcocho con licor para compartir, y luego ya veríamos si comíamos allí o en otro sitio. La oferta de la ciudad era inmensa. Paseamos por la ciudad, recorrimos los canales, sus puentes, montamos en góndola y en *vaporetti*. Nos sacamos fotos, muchas fotos, y no paramos de ir de un lado a otro en todo el día. El ambiente en ebullición de la fiesta te contagia de inmediato y te hace sumarte a su frenesí, lo desees o no.

Al volver para la cena al hotel me sentía exhausta, pero feliz y con ganas de seguir un poco más al día siguiente. Había disfrutado enormemente y solo deseaba que el, al amanecer, me esperase un día, al menos, igual de bueno; lo esperaba con ilusión renovada y sabía que Venecia no me defraudaría, pues nunca antes lo había hecho.

Tras la cena nos duchamos y decidimos irnos a dormir, ya que el día siguiente sería igual de intenso o más. Al poco rato mi esposo ya dormía plácidamente a mi lado en la cama, pero a mí, sin embargo, me estaba costando conciliar el sueño. Un poco harta de no poder dormir me levanté y acudí a la pequeña salita que tenía anexa la *suite*, me puse la bata de seda para no enfriarme y salí un momento al balcón de la misma. No pretendía estar mucho tiempo a la intemperie, puesto que la prenda que vestía no me resguardaría de coger un enfriamiento si me quedaba demasiado tiempo en el balcón tomando un poco de aire frío que serenase mi espíritu. Nuestra habitación daba a los jardines en los que, al día siguiente, se celebrarían los juegos y los fuegos artificiales tras la cena de la fiesta. Mi vista los recorrió. Eran preciosos y su visión resultaba tan relajante como el sonido de la cascada cantarina que se escuchaba de fondo.

Las estrellas adornaban en el cielo como si se tratase de diamantes prendidos de un raso negro sin luna que lo gobernase. Lo observé detenidamente, recordando las enseñanzas de mi abuela, mujer sabia y serena donde las haya, sobre el campo. Las estrellas no titilaban. No parecía que fuese a llover. Suspiré con alivio, porque tendríamos un buen tiempo al día siguiente. Era tarde y debía intentar dormir para procurar estar lo más descansada posible para la cena y los juegos de la víspera. Sin embargo, al pasear mi vista una última vez por los senderos que serpenteaban por el jardín,

vagamente iluminados por las farolas de forja que jalonaban sus tortuosos meandros, me pareció ver a otro cliente del hotel dando un solitario paseo por ellos.

El viento agitó de improviso mis livianos ropajes, lo que me causó un pequeño escalofrío y me llevó a frotarme los brazos con las manos para tratar de infundirles algo del calor perdido. Pero, a pesar del frío, mi mirada no podía apartarse de los jardines y de aquella figura solitaria y errática que deambulaba por sus caminos y que, por alguna razón, quizás porque el caminante se sintiese observado de alguna forma en la distancia, detuvo su paseo y volvió la cabeza hacia la fachada del hotel, más concretamente hacía la zona de mi balcón, desde el cual yo lo miraba como hechizada, sin poder marcharme a pesar del frío que mi piel comenzaba a sentir bajo la bata. Me pareció que era un hombre, por su forma de caminar y por su postura, pero podía equivocarme, pues parecía que iba disfrazado, y por la noche, como bien me recordaba mi abuela, todos los gatos son pardos.

El desconocido vestía totalmente en negro azabache, apenas adornado con algún hilo de plata, pues la luz tenue de las farolas le arrancaba algún destello a sus ropas oscuras. Lucía media máscara, un sombrero de ala ancha y plumas negras y una capa larga que el aire que se había levantado repentinamente agitaba rabiosamente a su espalda; todo en el mismo color oscuro y misterioso. Me pregunté qué haría paseando a aquellas horas él solo por los jardines. ¿No podría dormir tampoco, como me sucedía a mí, o acaso había quedado acaso con alguien? ¿Quizás iba a presenciar algún encuentro clandestino o pecaminoso? Su presencia solitaria me intrigaba. No podía obviar que los misterios siempre le encantaron a mi fértil imaginación. Por esa razón, mi mente empezó a elucubrar sobre ello de inmediato. Pensé algo frustrada que tal vez fuese tan solo un vigilante del propio hotel haciendo la ronda por la noche. Aunque iba disfrazado, lo cual lo descartaba *a priori*, pero quizá fuese la norma en el hotel para dar ambientación en aquellos días de carnaval. Sin embargo tenía el presentimiento que no era así.

Me pareció advertir que mi desconocido, tras detenerse en el sendero, me miraba con la misma curiosidad que yo lo miraba a él. Casi podía decir que su descarado me resultaba en cierto modo familiar, pero no sabía por qué tenía aquella sensación, y me decía, para darle explicación, que seguramente habríamos coincidido en algún rincón de Venecia aquel día, o quizás incluso en el propio hotel. Era como si de alguna forma me desafiara a que averiguase quién era, como si supiera que no rehuiría un desafío y que su presencia solitaria era un enigma que querría desvelar. Incluso creí intuir que en sus labios se dibujaba una sonrisa, pero quizás lo había imaginado, porque estaba bastante lejos de la fachada del hotel como para verle el rostro con total nitidez en la oscura noche. Sin embargo el presentimiento de aquella sonrisa hizo que el vello escaso en mis brazos se erizara como una sutil advertencia, pese a que no sentí frío en absoluto, aunque la humedad y el aire empezaba a entumecer en el balcón mi poco arropado cuerpo, sino que me sentía internamente como sofocada, como si, de alguna extraña forma, el destino me recordara que quien con fuego juega, a veces se quema. Pero lo que el destino no sabía era que a mí no me importaba arder.

El viento volvió a recorrer de nuevo los jardines, invitándome a abandonar el balcón al que había salido y a volver al refugio de la alcoba; al calor y al lecho; a la tranquilidad y al sosiego conocidos, y esta vez sí sentí frío, un frío extraño y nervioso que me hacía temblar ligeramente, intranquila. Era como si su murmullo entre las hojas de los árboles me dijera que debería volver a entrar en la habitación y olvidarme de todo, que era la última oportunidad que me daba su generosidad, pero algo me lo impedía, y seguí, en contra de todo buen juicio, en el balcón, quieta y observando al desconocido, a quien no parecía importarle mi descarada observancia de su persona, pues él hacía lo propio con la mía.

El solitario y misterioso caminante se quitó el sombrero en ese momento y me hizo una reverencia con él, justo antes de darse la vuelta para proseguir su camino hacia ninguna parte entre los setos y los árboles del jardín, lo que me hizo perderlo de vista. Pero... ¿me había saludado a mí, o acaso su reverencia iba dirigida a alguna otra persona? No tenía forma de saberlo.

Tragué saliva ligeramente azorada por su galante gesto y sentí cómo me sonrojaba levemente, pero, a pesar de la sorpresa y del rubor que me había provocado su acción medida, yo no iba a consentir verle satisfecho con su gesto descarado, por lo que, antes de que prosiguiera su camino, incliné apenas la cabeza en señal de reconocimiento por su galantería y abandoné el balcón. Cerré la

puerta del balón a mis espaldas con la intención de volver al lecho, corrí los pesados cortinajes para sumir de nuevo en la penumbra la estancia y me apoyé unos momentos sobre las cerradas hojas de cristal. Escuché el silencio de las salas de nuestra suite; en la habitación contigua mi marido seguía durmiendo ajeno a todo, tranquilo. Envidiaba su sosiego.

Mientras trataba de tranquilizarme un poco antes de volver a la cama, no podía evitar preguntarme quién sería aquel desconocido, o si le vería la noche siguiente. ¿Me había saludado a mí o a otra persona? Y, suponiendo que fuese el primer caso, ¿por qué había decidido hacerlo? Estaba emocionada y nerviosa por el acto de un completo desconocido, pero algo me decía que aquel encuentro no había sido algo sin trascendencia, ni sería tampoco el último. Todo tendría un porqué y aquello lo tendría, seguramente. En manos del destino estaban las respuestas a este acertijo.

Volví al lecho y cerré los ojos, tratando de conjurar y desterrar de mi alma su hechizo mientras mi cuerpo se entibiaba al entrar en calor bajo las sábanas y el edredón nórdico. Traté de conciliar el sueño pero de momento me rehuía, intrigada como estaba por el misterioso caminante de los jardines. ¿Quién sería?

Me costó dormir un poco más de lo que pensaba, pero al final, cansada, lo conseguí. Supongo que Morpheo se apiadó de mí. Quizá el amanecer trajese consigo las respuestas a algunos de esos misterios.

Al día siguiente estuve atenta para ver si veía al misterioso paseante nocturno por el hotel, pero no fue así, o, al menos, no lo reconocí. Las horas pasaron fugaces, y, cuando quisimos darnos cuenta, casi era la hora de regresar y el día llegaba a su fin. Había estado tan entretenida que ni me había vuelto a acordar del desconocido nocturno hasta que nos dirigimos a la parada del *vaporetti* para regresar a la costa. Casi llegando a ella, al salir de una de las callejuelas por la que transitábamos con cierta prisa para ver si llegábamos a coger el barco, nos chocamos con una persona. No nos habíamos visto, y tras el encontronazo, que casi me hace caer al suelo, al levantar la vista me quedé casi paralizada. No podía ser, no daba crédito a lo que mis ojos veían, pero juraría que era el desconocido nocturno el que estaba ante mí, sonriéndome al tiempo que se disculpaba con nosotros por el golpe. Pero lo peor era que no solo se trataba de mi desconocido, sino que yo realmente lo conocía. Definitivamente, en la vida no existen las casualidades. Era alguien de mi pasado, lo había conocido hacía al menos veinte años. Estaba casi segura, sin margen de error alguno, que era él, y cuando nuestras miradas se encontraron supe perfectamente que también él me había reconocido, pero lo calló ante mi esposo, y yo también guardé silencio. Agradecí su silencio al respecto, sin saber muy bien por qué.

—¿Iban a la ciudad? ¿Pretendían coger el *vaporetti*? ¡Qué casualidad! Yo también, pero se nos ha escapado —comentó, mirando al barco de transporte urbano que se alejaba ya por la laguna, lejos del muelle.

Mi mirada se perdió en la estela de la suya y solté la mano de mi esposo al sentir que se me aceleraba el corazón y la mano me comenzaba a sudar. «¡Aquí! Dios, ¿por qué? ¡Aquí! ¿Por qué ahora, después de casi dos décadas sin saber de ti, reapareces como un fantasma? ¡Por eso anoche me resultabas familiar! Porque eras tú, ahora lo sé. Tú. ¿Por qué tenías que ser tú?». Mi mente era un torbellino de pensamientos confusos.

—Bueno, no tardará en llegar el siguiente —dijo mi marido, y él, mi pasado, volvió a mirarnos, asintió ante la afirmación antes de posar su mirada sobre mí y, tras recorrerme de forma discreta, sonrió de manera sutil.

«Estás igual que entonces, bruja», parecían decirme sus ojos. Casi podía escuchar su voz.

—El servicio es bastante bueno —añadió mi marido, ajeno a lo que sucedía entre nosotros—. Pero nos tocará esperar apenas un poco.

—Eso parece. ¿Dónde se alojan? Si no es indiscreción, claro —preguntó el hombre de mi pasado—. Me resultan ligeramente familiares.

Al escucharle decir aquello tragué saliva y le dediqué una ligera sonrisa que no pretendía ser más que amabilidad. Con la mirada, sin embargo, podría haberlo fulminado ahí mismo. ¿A qué estaba jugando? No me gustaba la idea de que mi marido supiese que ya nos conocíamos.

—Venecia es pequeña —respondió mi marido, sin darle importancia al comentario—. Seguramente nos habremos cruzado más veces por la ciudad. O tal vez nos alojemos en el mismo hotel. Estamos en el *Grand Hotel Dei Dogi*.

Dejo escapar un quedo suspiro de alivio; me siento tan indefensa como sorprendida a causa del reencuentro. Ciertamente el mundo es un pañuelo. Una parte de mi alma, encerrada y casi olvidada durante todos aquellos años, se resquebrajaba ante él, a punto de desmoronarse. ¡Ay! ¿Por qué?

—Pues no, no nos alojamos en el mismo hotel —respondió mientras me miraba, como desafiándome a que descubriera que estaba mintiendo y que lo había visto en los jardines la noche anterior—. Pero asistiré a la cena de máscaras de esta noche en su hotel. Es de las mejores de Venecia en carnaval. ¿Ustedes irán? —inquire cortés, pese a que sé que busca información sobre nosotros. Mi esposo, incauto, pica el anzuelo.

—Sí, asistiremos. Mi mujer no se perdería algo así por nada del mundo —responde mi marido, y me dedica una tierna mirada que acepto con una sonrisa cálida. El hombre de mi pasado, a su vez, también me dedicó otra mirada, una mucho más ardiente que la de mi esposo—. Nos han comentado que el espectáculo será bueno, y a mi esposa le encanta disfrazarse, aunque a mí no tanto—. ¿Es la primera vez que usted asiste?

—No, la segunda.

—¿Viaja a menudo a Venecia? —añade mi esposo.

—No, lo he hecho por negocios las dos veces. Un amigo me ha pedido que le haga de intermediario en cierto negocio, y para qué están los amigos si no es para ayudarse, ¿verdad? Pero ya está todo encarrilado.

—Entonces no sé quedará mucho tiempo —aventura mi marido, aparentemente decidido a mantener una conversación con nuestro interlocutor.

—No tengo ya nada que me retenga en Venecia, salvo las sorpresas que me pueda deparar este baile de máscaras. —Su última mirada me la dedica a mí, y me hace tragar saliva—. Miren, como les comentaba antes ya viene otro barco. ¿Ven? ¡El servicio es magnífico!

Tanto mi marido como nuestro acompañante me dejaron entrar en el barco la primera, seguida de mi no tan desconocido amigo y finalmente mi marido, quien se dirigió al conductor del *vaporetti*, dispuesto a abonar nuestros dos billetes. Mientras se ocupaba de ello mis ojos se posaron en mi viejo amigo. Estaba casi igual que la última vez que nos habíamos visto, hacía más de diez años en Madrid. Ni siquiera estaba ni más calvo ni más grueso que entonces. No podía quitarme de la cabeza que él, precisamente él, fue quien tomó mi virginidad. Tenía ahora una incipiente flacidez abdominal y las entradas de su cabello seguían siendo pronunciadas, con la diferencia de que ahora su pelo estaba rapado al uno, lo cual hacía su ligera calvicie menos visible, pues tenía la piel bastante bronceada en esa zona del cuerpo. A pesar de todo el tiempo transcurrido, más de diez años desde aquella vez, no pude evitar sentir que mi cuerpo respondía a su presencia de forma inmediata, provocando así mi enfado al comprender que no era capaz de controlar lo que es incontrolable. Esa incertidumbre, que me zarandeaba sin compasión ante él, me desesperaba. Y fue en ese momento cuando recordé que varias semanas atrás, hacía ya casi un mes, el recuerdo de su persona me persiguió incluso en mis sueños, y yo lo obvié, pues no tenía sentido en mi actual vida. Pero recuerdo que me había preguntado por qué me sucedía eso después de tanto tiempo sin saber nada sobre él, sin evocarlo si quiera, y ahora ahora la respuesta estaba allí, delante de mí. Tan real. Sonriéndome cual gato dispuesto a cazar a su presa, y tal vez yo lo era.

Mi mirada lo evadió y se dirigió hacia la parte anterior del barco, donde mi marido seguía hablando con el conductor. ¿Por qué demonios tardaba tanto? Mi respiración, ingrata, se aceleró en mi pecho a causa de la tensión del momento.

—Durante todos estos años me había preguntado qué habría sido de ti —dijo el hombre de mi sueño y de mi pasado—. ¡Estás igual!

—Ya te digo yo que no —repliqué con fingida indiferencia mientras apoyaba la mano en el pasamanos del barco, a la espera de que llegase mi marido y tomásemos asiento.

El barco iba casi vacío. Dedicué a mi interlocutor una mirada aparentemente tranquila, pero lo

cierto era que no me encontraba así en absoluto. No solo sentía la garganta reseca y el estómago encogido, sino que mi sexo insistía en humedecerse a causa de la cercana presencia de mi halagador. Lo maldije por ello al mismo tiempo que supe que lo añoraba, y lamenté que mi esposo ya no fuese capaz de excitarme así, ni de hacerlo solo con una mirada. Me sentía profundamente perturbada ante su presencia, como empujada a recorrer un callejón sin salida, un callejón en cierto modo ya recorrido. Pero lo peor era que sabía con absoluta certeza que lo recorrería. No sabía cuándo ni por qué, pero sí que lo haría. Y él también lo sabía.

Sin quitarme ojo se apoyó sobre el pasamos junto a mí, acercándose su poderoso cuerpo, que después de tantos años aún irradiaba una fuerza contenida que, como el fuego que ardía en sus ojos oscuros al mirarme, a la espera de ser bien sofocado o bien alentado por mí. Pero yo no era capaz de apagarlo, y él lo sabía con certeza. Lo había sabido siempre.

Las yemas de sus dedos me acariciaron distraída y ligeramente el brazo apoyado en el pasamanos. Incapaz de retirarme de su roce cerré los ojos un instante mientras sentía en un segundo agolparse atropelladamente todos los recuerdos y sentimientos encerrados en mi alma por tanto tiempo, y sentí también que, si tuve alguna vez defensas ante él, estas se habían tornado en frágil cristal para después estallar en mil pedazos lacerantes ante su sutil caricia. *Él lo sabía*. Sonrió, satisfecho con su logro. Sus yemas dejaron mi brazo para acariciarme una mejilla durante tan solo un instante furtivo; abrí los ojos de inmediato ante el fuego de su roce. Me sentía arder en llamas y completamente roja, aunque confiaba en que el maquillaje ocultase el azoramiento que me había provocado su inesperada caricia. Entonces, acercándose un poco más a mí, me susurró quedas palabras de perversión que me hicieron maldecir cuánta verdad contenían:

—Sigue habiendo ascuas...

Volví a cerrar los ojos y suspiré, maldiciendo al destino que nunca quiso juntarnos, que siempre jugó con nosotros al ratón y al gato y, sin embargo, nos hacía estrellarnos tanto tiempo después, como si del choque del mar contra las rocas se tratase. Sin embargo era inútil, pues yo estaba ya casada y él... él debía estarlo, me lo decía mi intuición. Sin embargo la curiosidad me corroía, y, maldita sea, no pude simplemente quedarme con la duda. Las circunstancias escapaban ya a mi control y me dirigían a mi ruina.

—¿Estás casado?

—Sí.

Ni tan solo tuvo la cortesía de fingir arrepentimiento o azoramiento.

—¿Hijos?

—Dos. ¿Tú?

—Aún no. Estamos en ello, pero el destino no lo ha querido, de momento al menos.

—Todo llega, no desesperes. Cuando menos lo esperéis, sucederá —me dijo al apreciar cierto tono de desazón en mis palabras.

—Tal vez —dije sin mucho convencimiento—. ¿Estás con...? —un nudo en mi garganta me impidió terminar la frase. «Con tu familia. Con tu mujer y tus hijos», quise decir, pero no pude.

Él, sin embargo, supo leer mis intenciones, igual que sucedía en el pasado. Al parecer, y pese a todo el tiempo transcurrido, daba la sensación de que nos hubiéramos visto el día anterior en lugar de diez años atrás, tal era nuestro entendimiento mutuo. Todavía era capaz de hacerme creer en una seguridad y en una fuerza que no tenía; aún me hacía sentir tremendamente viva.

—Se han quedado en Madrid. Yo he venido en cierto modo por trabajo, como he comentado antes.

—Ah, es verdad, lo dijiste.

Nos miramos con ganas contenidas de lanzarnos el uno sobre el otro, sintiendo que eso era lo que deseaban nuestros cuerpos pero también que nuestra razón no podía permitirlo, aunque, al mismo tiempo, nuestras almas saboreaban el reencuentro y se sentían repentinamente rejuvenecidas, como si hubieran estado aletargadas en un profundo sueño y de repente hubieran despertado a la vida de nuevo. Casi no podía creerme que estuviera allí, conmigo, a mi lado. ¡Tan cerca y tan lejos! Allí, en Venecia. Tenía tantas cosas que preguntarle...

Advertí que mi marido se despedía del conductor y avanzaba hacia nosotros. Consciente de

que el tiempo al lado del que siempre consideré el amor de mi vida se agotaba por momentos supe que debía cambiar de tema de conversación por el bien de ambos.

—¿Ya ha alquilado su disfraz para esta noche? —vuelvo a hablarle de usted y marco las distancias con él ante mi marido, que no tardará en alcanzar nuestra posición—. Nosotros lo hicimos en el hotel. En otra ocasión vinimos con ellos desde Madrid, pero esta vez era tan poco tiempo el que estaríamos en la ciudad que no merecía la pena hacerlo así.

—No, me lo ha prestado un amigo de mi amigo, que vive aquí, en Venecia. La persona a la que tenía que ver por negocios —contestó él, siguiéndome el juego.

Me pregunté si sería el mismo traje que llevaba la noche anterior. Le quedaba perfecto. Desde luego llamó mi atención en la oscuridad, pese a que vestía tan de negro como la misma noche que lo envolvía en los jardines del hotel.

—¿Cómo le reconoceremos a la noche? Podría sentarse con nosotros, si le parece y no tiene mejores planes. Las máscaras a veces lo ocultan todo —le invité y, al hacerlo, lancé una mirada a mi marido, que ya estaba junto a nosotros.

Asintió, mostrando al desconocido su anuencia a mi atrevido ofrecimiento para con un completo desconocido y su ignorancia respecto a lo que realmente estaba sucediendo allí.

—Cierto, las máscaras acallan todo lo que se quiere ocultar, pero no dudo que nos encontraremos —me dice mi falso desconocido, devorándome fugazmente con su oscura e intensa mirada a pesar de la presencia de mi esposo. Sin embargo yo no estaba dispuesta a permitirle tal descaro sin pagar un alto precio por ello.

Las dudas me corroían. ¿Me había reconocido la noche anterior? ¿Quizás incluso me había estado siguiendo para fingir un encontronazo accidental? No me cabía duda de que era el tipo de cosas que él haría, pero ignoraba si había sido el caso o si realmente se trataba de un encuentro fortuito. ¿Pero existen acaso las coincidencias? ¿Era posible que cuando me saludó de noche no supiese a quién se dirigía? ¿O quizás le estaba dando demasiadas vueltas a todo?

—¿Llevará alguna máscara tradicional veneciana? —pregunté con fingida cortesía, pues apenas recordaba la que durante la noche anterior llevaba puesta bajo el sombrero de ala ancha y plumas que lucía—. Las hay maravillosas, ¿no cree?

—¿Y ustedes? —sin responder a mi pregunta me la devolvió, e incluyó a mi esposo en la conversación al mismo tiempo. Estaba claro que no había perdido facultades.

—Sí, llevaremos, por supuesto —respondió mi marido, haciendo gala de su espíritu práctico y realista—. Creo recordar que era requisito necesario para la cena.

—Vaya, el barco ya atraca —dijo con decepción el hombre de mi pasado, al ver que ya habíamos llegado. Mi esposo me tomó de la mano mientras él me observaba con medido interés.

—Nos vemos esta noche —comentó mi esposo, incauto y confiado, justo antes de observar que el barco se había detenido por completo en el puerto—. Ahora le tenemos que dejar, aún nos queda un trecho hasta el hotel.

Comenzó hacia la salida; me dejé arrastrar a su vera tranquila y segura.

—No se preocupen, allí nos veremos —respondió mi antiguo amante al tiempo que se hacía a un lado para permitirnos el paso.

—No dude en saludarnos si quiere cenar con nosotros —dije en el último momento mientras giraba el cuello un fugaz instante para mirarle por última vez. Su mirada oscura me devoraba. Le dediqué una sonrisa y, antes de volverme de nuevo, pude ver con gozo cómo asentía con una leve inclinación de cabeza a la vez que se llevaba una mano al pecho. No me quedó más remedio que contener en mi garganta el suspiro que pugnaba por salir.

—No lo olvidaré.

El comedor contiguo al salón de baile estaba perfectamente dispuesto para la cena cuando entramos en el hotel, aunque aún quedaban casi dos horas y media y algún pequeño retoque que el dispuesto personal del hotel se apresuraba a completar, como los arreglos florales y la disposición de alguna mesa auxiliar. Teníamos tiempo suficiente para ducharnos y arreglarnos para la cena con calma. Al ver la larga mesa dispuesta en el salón evalué que habría al menos por la noche sentadas a

aquella mesa unas cincuenta personas, pero de todas ellas solo me importaban dos: mi marido y mi antiguo amigo. Me pregunté cómo nos sentaríamos y si yo acabaría situada entre ambos hombres, pero preferí no pensarlo demasiado.

El tiempo pasó rápido, apresurándonos al final del callejón que habíamos empezado a recorrer a ciegas aquellos días. Sentía que una extraña intranquilidad se adueñaba de mi alma a cada minuto que pasaba, mientras terminaba de colocarme la media máscara de encaje y terciopelo con forma de gata sobre mi rostro tras haberme maquillado, y me preguntaba si él sentiría la misma intranquilidad que sentía yo en aquel instante; si presentía que pensaba en él de alguna forma, si también él pensaría en mí.

Dicen que las almas gemelas tienen la capacidad de llamarse cuando se necesitan. ¿Me había llamado él estas semanas, cuando, por alguna ignota razón, no dejaba de acudir a mi mente su recuerdo? ¿Era él mi alma gemela o era una mera casualidad del caprichoso destino? ¿Existe el destino? No tenía respuestas, aunque las buscaba con esfuerzo mientras la intranquilidad y el deseo me hacían morderme el labio inferior.

Desde la puerta del baño de la suite mi marido me observaba terminar de arreglarme frente a la luna de espejo del armario empotrado que había en la habitación. Yo, al sentirme observada, le miré para dedicarle una sonrisa cálida a la que respondió con un cumplido.

—Estás preciosa, pareces una muñeca de porcelana. Mi muñeca preferida; mi atractiva esposa.

Mi marido siempre ha tenido un alma noble y sensible para todo. A diferencia de la mía, que a veces puede llegar a ser fría y hasta cruel.

—Pues cuidame con mimo para que no me rompa y siga tan guapa como dices —respondí coqueta, mientras caminaba hacia él con la intención de besarle antes de maquillar mis labios en rojo intenso.

Al llegar a su lado me tomó por la cintura y me acercó un poco más.

—¿No lo hago, acaso?

—Ah, tú sabrás —respondí esquiva, y me liberé de su abrazo para separarme de él, ante lo que no opuso resistencia, aunque yo lo deseaba. Cambié de idea, ligeramente decepcionada con su pronta rendición, y, sin besarle finalmente, le bordeé para entrar en el baño de nuevo y pintar mis labios. Nada más terminar con esa labor, me dirigí de nuevo a él—. Venga, vamos, no lleguemos tarde. Ya es casi la hora. Estás ya listo, ¿verdad?

Al llegar al salón no vimos a nuestro desconocido entre los asistentes. Su ausencia me hizo sentir decepcionada, pero no estaba dispuesta a permitir que aquel contratiempo arruinara una velada que prometía ser divertida. Nos sentamos a la mesa y tratamos de dialogar con nuestros compañeros de lado, que casualmente era otra pareja de españoles. Con su charla me olvidé de la ausencia de mi antiguo amigo.

Mi mirada volvió a recorrer la mesa, pero efectivamente no estaba en ella, y yo aún me preguntaba con cierta desazón si finalmente acudiría a la cita. Tenía tantas ganas de volver a tenerlo cerca y de sentir su presencia subyugando mi alma con mi consentimiento que su ausencia me laceraba, me hacía vulnerable. ¡Más no me importaba! Me cuestionaba, si al final aparecía, cómo iba a hacer para estar unos momentos a solas con él. Lo deseaba tanto...

Pero no apareció.

Tras la cena, y acompañados por nuestro nuevos amigos de mesa, salimos a los jardines donde se iba a desarrollar el espectáculo de fuegos artificiales. Al levantarme sentí la necesidad de ir al baño y, estando ya en la terraza, así se lo hice saber a mi marido.

—No tardes —me dijo.

—Tranquilo, en seguida vuelvo. Además, te dejo en buena compañía —contesté, refiriéndome a la pareja que nos acompañaba desde el principio de la velada, y me alejé en dirección a los servicios que tenía el hotel en aquella parte del restaurante.

A mi espalda el salón se había vaciado ante el inminente espectáculo exterior, y yo, mientras,

me encaminé sin demora a los servicios. Esperaba que me diera tiempo de ver, al menos, una parte de los fuegos artificiales.

Al cruzar la doble puerta del salón una figura de negro salió a mi encuentro. La reconocí al instante y sentí un vuelco de alegría en mi corazón.

—Pensé que al final no te vería esta noche.

Sus palabras me hicieron detenerme ante él, altiva.

—Lo mismo digo —dije con cierto frío desdén—. Llegas muy tarde, ya hemos cenado. Te lo has perdido.

—¿Tú crees? Lo cierto es que antes estabas muy acompañada, *cherié*, y sabes que prefiero algo más de intimidad.

El vello de mi piel se erizó ante el dulce mote, pero traté de conservar la compostura en una batalla que sabía perdida de antemano.

—¿*Cherié*? ¿Soy acaso tu querida, o lo que insinúas es que soy querida para ti?

—Querida para mí eres, desde luego. Y en cuento a lo otro, solo tú sabes si lo deseas ser. ¿Lo quieres ser, gatita? —Sus mirada atrapó la mía, y solo pude agradecer que mi máscara felina ocultase el sonrojo de mi rostro.

El juego había comenzado.

—¿Deseas que lo sea?

—¿Lo quieres tú?

Entendí entonces que su intención no era ser franco; simplemente le divertía la charla. Así pues, rehuí contestar y le bordeé un instante para alejarme unos pocos pasos. Sin saber muy bien por qué, una idea había anidado en mi mente y decidí arriesgarme a darle forma. Así pues me detuve a dos pasos de él, consciente de que quedaba a mi espalda, al acecho y a la expectativa. Tomé aire, sabiendo que el próximo paso podía ser irreparable para ambos y que, aún así, lo daría sin vacilar, aún sabiendo que era una locura.

—Tengo que hacerte una pregunta, pero te advierto que no es fácil ni plantearla ni responderla. Aún así, lo voy a hacer. Si me quieres escuchar, claro.

—Dime —dice acercándose un paso a mí para acortar distancias.

—Una vez te escogí para entregarte mi virginidad. Eras con quien deseaba esa primera vez, y accediste a ello, pero de eso hace siglos. Ahora, sin embargo, reapareces como por arte de magia en mi vida, tras tantos años de ausencia y silencio. —Hice una breve pausa que se me hizo eterna. Vacilé un segundo, pero fue tan solo un instante, pues sabía que no tendría otra oportunidad como esa, y no estaba dispuesta a desperdiciar la ocasión—. Imagino que tendrás que pensar con calma lo que te voy a proponer. No hace falta que me respondas ahora, la verdad es que para mí tampoco ha sido fácil decidirlo, pero sí sé que lo deseo, igual que deseé entonces aquello.

—Te escucho. —Sus palabras me dan alas, y lo peor es que él lo sabe perfectamente. No le defraudo.

—¿Querrías ayudarme a ser madre?

Callo llena de miedo y de esperanza al mismo tiempo. «Ya está, ya lo he dicho». Contengo la respiración. Él sigue junto a mí, silencioso. Su silencio fue siempre la peor de mis condenas. Cierro los ojos a la espera de su respuesta, sin saber siquiera si esta llegaría. Sus manos se apoyaron entonces en mis hombros y pude sentir su calor a través de la tela de mi vestido. Estaba a mi espalda, aún en silencio. «La respuesta a lo que te acabo de proponer no es fácil, lo sé», pensé angustiada. Sus manos bajaron por mis brazos lentamente hasta que sus dedos se entrelazan con los míos y acercó su boca a mi oído, sin demorarlo más.

—Sí.

Su respuesta me hizo dudar y llenarme de gozo intenso al mismo tiempo.

—¿Estás seguro? —pregunté, apretando sus dedos con los míos mientras cerraba los ojos y me mordía con los dientes el labio inferior, perfectamente consciente del aprieto en que lo había puesto.

No solo le estaba pidiendo que me ayudase a aumentar las posibilidades de concebir un hijo, pues llevo demasiado tiempo intentándolo sin éxito con mi marido, sino que también le pedía que

renunciase a llamar hijo a quien llevaría su sangre. No me cabía ninguna duda de que mi petición era tremendamente egoísta.

—Sí, estoy seguro. —Su tono me resultó seguro y firme, sí, pero también demasiado tranquilo. Engañoso, quizás. Sin embargo deseaba confiar en él—. Quizás ayudándote en lo posible con este sueño tuyo de ser madre, vuelva yo a ser más como era entonces —confesó para mi sorpresa—. Tenía ya musgo en el alma y estaba claro que esto sucedería desde el mismo instante que nuestros caminos volvieron a cruzarse aquí, en Venecia. Albergaba la esperanza de que sucediese algún día, de reencontrarte de nuevo, aunque nada hice por propiciarlo, ya sabes que soy algo dejado para esas cosas, pero ya ves, así ha sido, aunque parecía imposible. Si no lo hubieras planteado tú ahora por necesidad, con el tiempo lo habría hecho yo por placer. Nos hubiéramos seguidos viendo, y... una cosa lleva a la otra.

Suspiré con cierto alivio ante sus palabras y abrí los ojos llena de agradecimiento. Me giré para mirarle, lo que me supuso tener que soltarme un momento de sus manos, pero tan solo para volver a unirlas en cuanto estuvimos de nuevo enfrentados de nuevo. Le dediqué una tenue sonrisa agradecida, limpia y sincera, rebosante de felicidad, y mis dedos apretaron sutilmente los suyos. Con él me sentía segura y a salvo a pesar de la locura que le acababa de plantear. Contemplé los ojos tras su máscara, ardientes en un fuego voraz y eterno que nos consumía a ambos y que ardía con la misma intensidad en los míos. Volví a sonreírle con complicidad.

—Gracias.

—No hay de qué, gatita —respondió mientras recorría mi rostro enmascarado de gata con una de sus manos, para después elevarme un poco la barbilla como si fuese a besarme, provocativo. Pero se detuvo, acrecentando así nuestro deseo y provocando nuestra mutua desazón y nuestro anhelo—. Creo que deberías volver junto a tus amigos. Tu marido te echará en falta en cuanto acaben los fuegos artificiales, y están a punto de acabar.

Tanto mi alma como mi cuerpo se resistían a abandonarle de nuevo, especialmente ahora que sabía que me buscaba y que nos habíamos encontrado donde nunca imaginé que lo haríamos. No quería separarme de él.

—¿Cómo nos volveremos a encontrar? —pregunto suplicante, resistiéndome a soltarle la mano.

—Te diría que sucederá lo queramos o no, porque hasta un borrico como yo se ha dado cuenta de que hay algo poderoso que tira de nosotros dos desde siempre, pero no se lo vamos a poner tan difícil como hasta ahora, ¿verdad? ¿Cuál es tu e-mail?

—Mi nombre con apellidos acabado en 2013-arroba-jemail-punto-com. ¿Recuerdas mis apellidos?

—Por supuesto, gatita. Te escribiré. Ahora vuelve a la fiesta. Nos volveremos a ver, no lo dudes. Te ayudaré.

Me solté de su mano y me volví, obedeciendo su indicación de forma casi sumisa. Pero, antes de marcharme, me volví de nuevo hacia él para decirle una última cosa. Al verme sonrió, travieso.

—Gracias.

—A ti, gatita. A ti —responde mientras me hacía otra cortés reverencia con su sombrero, igual a la que me dedicó la noche anterior desde los jardines. Sí, me reconoció sin lugar a dudas. Me la dedicaba a mí

Asentí y, dedicándole una última sonrisa, me alejé de su lado con el alma colmada de dicha y con el ánimo sereno, encaminándome de nuevo hacia la terraza en la que me esperaban mi marido y los demás invitados, absortos todos ellos en el espectáculo de luz y sonido que se desplegaba en el cielo de Venecia.

Los fuegos artificiales casi estaban a punto de acabar, tal y como mi amigo bien había aventurado, y hundían ya sus rastros fugaces y humeantes en el reflejo de la laguna; en sus aguas oscuras y misteriosas. Los juegos no tardarían en dar comienzo, pero no estaba yo en esos momentos como para participar. Sin más volví al lado de mi esposo con la certeza de que la eterna partida con el que fuera un buen amigo de juventud se había vuelto a reanudar. Ahora como entonces ignoraba cuál sería su final, pero, esta vez, al menos tenía la certeza de que la jugaríamos

hasta el final. Las cartas ya estaban repartidas, y jugaríamos sin que importasen el final o el precio a pagar.

Sonreí mientras mis ojos, llenos de un júbilo que creía perdido, veían caer a la laguna infinidad de estrellas fugaces multicolores. Exhalé un prolongado suspiro que quedó enmudecido por la traca final de los fuegos artificiales y por los aplausos de los presentes en la terraza, excepto los míos. Mi mente, en esos momentos, tenía otras cosas en qué pensar. Entrelacé de forma inconsciente mi mano con la de mi esposo y giré un instante la cabeza para dedicarle una sonrisa amable y cariñosa mientras mi mano apretaba la suya, pero él estaba pendiente de los fuegos e ignoró mi muestra de afecto al tiempo que, sin pretenderlo, me hizo sentir sumamente hipócrita. Sin embargo mi desazón se hundió como las ascuas de los últimos fuegos artificiales en las aguas de Venecia, ahogando así mi conciencia.

¿Me concedería el destino mis deseos? Solo el propio destino lo sabe.

XAKURA O'HARA